

## **“UNA CATEQUESIS SINGULAR” (1)**

Tuve una gran satisfacción al comprobar cómo el salmo básico de la catequesis pontificia del pasado día 9 fue el 119 (según la tradición judía, 118 según la tradición grecolatina).

Inmediatamente recordé las muchas veces en que, desde el ambón de mi iglesia parroquial o en la soledad de mi alcoba leí aquel versículo que tanta alegría me proporcionaba y que en la traducción que más he estimado dice: “el Señor es el lote mi heredad”.

Siendo jurista es fácil saber que en una herencia o heredad el lote de un heredero en concreto relaciona el bien o bienes que le han correspondido en determinada participación hereditaria. El lote, por lo tanto, relaciona bien o bienes de la propiedad exclusiva de un heredero determinado.

En el caso mencionado por el salmo 119 y correlativos se trataba de la distribución de los bienes a recibir por las doce tribus de Israel. Dos textos del Pentateuco son muy explícitos a este respecto. Así el texto en el que el Señor dijo a Aarón: “Tú no recibirás una herencia en el territorio de los israelitas ni tendrás una parte entre ellos. Yo soy tu parte y tu herencia”. (Libro de los Números 18-20). Y a su vez El Deuteronomio expone: “por eso Leví no tiene parte ni herencia entres sus

hermanos. El Señor es su herencia como Él mismo se lo ha declarado” (Dt 10, 9; cfr. Dt 18, 2; Gs 13, 33; Ez 44, 28).

Como su Santidad expuso ante los fieles y peregrinos congregados para la Audiencia del pasado día 9 “los sacerdotes, pertenecientes a la tribu de Leví no pueden ser propietarios de tierras en el país que Dios daba en heredad a su pueblo llevando a cumplimiento la promesa hecha a su padre Abrahám” (cfr. Gen 12, 1-7).

“La posesión de la tierra – añadió el Papa – elemento fundamental de estabilidad y de posibilidad de supervivencia, era signo de bendición porque implicaba la posibilidad de construir una casa, hacer crecer a los hijos, cultivar los campos y vivir de los frutos del suelo. Es decir los levitas, mediadores de lo sagrado y de la bendición divina, no pueden poseer, como otros israelitas, este signo exterior de la bendición y esta fuente de subsistencia. Totalmente donados al Señor, deben vivir de Él solo, abandonados a su amor que provee y a la generosidad de los hermanos, sin tener herencia porque Dios es la parte de su herencia”.

El orante del salmo 119 aplica a sí mismo esta realidad: “mi parte es el Señor”. Su amor por Dios y su Palabra lo lleva a hacer la elección radical de tener al Señor como único bien y también a guardar sus palabras como don precioso máspreciado que toda herencia y que toda posesión terrena. Este versículo, de hecho, tiene la posibilidad de una doble traducción y podría ser traducido de otro modo: “mi parte, Señor, he dicho, es custodiar tus palabras”. Las dos traducciones no se contradicen sino que se completan la una a la otra: el Salmista está afirmando que

su parte es el Señor pero también que custodiar las palabras divinas es su herencia como dirá después en el versículo 111: “tus prescripciones son mi herencia para siempre porque alegran mi corazón”. Y esta es la felicidad del salmista que, como a los levitas se le ha dado como porción de herencia la palabra de Dios.

La gran importancia que tiene y tendrá para la historia Benedicto XVI radica en que nunca elude los temas serios por difíciles que nos aparezcan a nosotros. Tampoco se escabulle considerando como temas del pasado los que deben permanecer siempre. De ahí la conclusión dada a su intervención del pasado día 9 en los dos últimos párrafos de su exposición. Dice así: «Queridos hermanos y hermanas, estos versos son de gran importancia para todos nosotros también hoy (2). Antes que nada para los sacerdotes, llamados a vivir sólo del Señor y de su Palabra, sin otras seguridades, teniéndolo a Él como único bien y única fuente de verdadera vida. Desde esta perspectiva se entiende la libre elección del celibato por el Reino de los cielos, a redescubrir en su belleza y en su fuerza. Estos versículos son importantes, también, para todos los fieles, pueblo de Dios perteneciente a Él solo (3), “reino de sacerdotes” para el Señor (cfr. 1pt 2,9; Ap 1, 6; 5, 10), llamados a la radicalidad del Evangelio (4), testigos de la vida llevada por Cristo nuevo y definitivo “Sumo sacerdote” que se ha ofrecido en sacrificio para la salvación del mundo (cfr. Ebr 2, 17; 4, 14-16; 5, 5-10; 9, 11ss).

El Señor y su Palabra: estos son nuestra “tierra” (5), en la que vivir en la comunión y en la alegría. Dejemos, por tanto que el Señor nos introduzca en el

corazón este amor por su Palabra y nos dé el tener siempre en el centro de nuestra existencia a Él y a su santa voluntad. Pidamos que nuestra oración y toda nuestra vida sean iluminadas por la Palabra de Dios, lámpara de nuestros pasos y luz para nuestro camino, como dice el Salmo 119 (cfr v. 105), de manera que nuestro caminar sea seguro, en la tierra de los hombres <sup>(6)</sup>. Y que María, que ha acogido y generado la Palabra, sea guía y consuelo, estrella polar que indica el camino de la felicidad. Entonces, también nosotros podremos alegrarnos en nuestra oración, como el orante del salmo 16, por los dones inesperados del Señor y por la inmerecida herencia que nos ha tocado en suerte: “El Señor es la parte de mi herencia y mi cáliz...Me ha tocado un lugar de delicias, estoy contento con mi herencia”. (Sal 16, 5. 6) ¡Gracias!».

En contraposición a la permanente adoración y seguimiento de los bienes materiales, que nunca se ha demostrado comporten felicidad, nuestro Sumo Pontífice se inclina por otras vías más sutiles pero también más seguras como nos han demostrado con su testimonio cuántos han sido capaces de seguirlas. Son los caminos del Señor que señaló al joven rico del Evangelio que deseaba ser más perfecto, más feliz. “Si quieres serlo vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme”.

En fin, de todo esto ya hablé en extenso cuando en mi escrito fecha 8 de agosto de 2011 comentando la celeberrima película Inside job indicaba no existir la menor duda sobre las causas productoras de la actual crisis. No fueron otras que

la insaciable codicia de los intermediarios financieros americanos que según ellos mismos reconocieron contestando a preguntas del propio director del film.

Gloria al Señor.

Madrid, 16 de noviembre de 2011

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2), (3), (4), (5) y (6) Todos estos subrayados son míos.